

LA INCORPORACIÓN DEL PERONISMO AL JUEGO POLÍTICO:

LA ACEPTACIÓN DE UNA ALTERNATIVA NO DESEADA

*Dorina Bonetti**

*Marcela Mustapic **

I- INTRODUCCIÓN

El 16 de septiembre de 1955 una insurrección cívico-militar puso fin al gobierno peronista, percibido como un fenómeno irremediamente adverso a las instituciones y valores democráticos. El objetivo principal y autoproclamado de este frente antiperonista fue la imposición de mecanismos proscriptivos del peronismo, como uno de los tantos medios a través de los cuales se intentó erradicarlo. Con la exclusión del sistema político de la que había sido la fuerza mayoritaria del país, se inició un período de nuestra historia atravesado por la que se dio en llamar "la cuestión peronista" y caracterizada por la inestabilidad política. Dieciocho años más tarde, el 11 de marzo de 1973, en virtud del triunfo de la fórmula electoral Campora-Solano Lima, el peronismo regresaba al poder y, poco tiempo después, el mismo Perón se haría cargo de la presidencia de la Nación.

Si sólo nos remitimos a los actos discursivos emitidos por los actores políticos durante el período 1955-1966, la conclusión a la que se llega es que no era posible pensar la inclusión del peronismo en el juego político. ¿Cómo es, entonces, que fue posible el retorno del peronismo al poder, luego de una etapa signada por un férreo antiperonismo que lo impedía?, ¿cuáles fueron los motivos que tuvieron los actores del arco opositor para permitir y garantizar el acceso al poder de un gobierno peronista?, ¿qué circunstancias influyeron para que los actores antiperonistas cambiaran de actitud frente al fenómeno peronista?

* Ciencia Política, Universidad de Buenos Aires

Estos son los interrogantes que se plantean en nuestro trabajo. En tal sentido, el objetivo perseguido es intentar explicar, quizá de manera imperfecta, parcial y provisoria, los posibles factores que llevaron a los actores opositores a cambiar su posición y permitir, así, el funcionamiento de un sistema político que implicase la incorporación del peronismo.

En este intento, la hipótesis que orientará el trabajo puede sintetizarse de la siguiente manera: el abanico de opciones políticas que se prefiguraban como consecuencia de los intentos frustrados de establecer, en términos de Schmitter, una "Democratización" con la exclusión del peronismo, condujeron a los actores políticos del arco opositor a aceptar, como un mal necesario, la incorporación del peronismo al juego político en pos del establecimiento de un régimen democrático que diese respuesta al clima de tensión y anarquía que se percibía en la sociedad. En consecuencia, la inclusión del peronismo al juego político parecía inevitable.

Nuestro análisis comporta tres momentos y una conclusión. En la primer parte intentaremos rastrear los orígenes de la antinomia anteriormente expresada y su gravitación en el sistema político, la que se tradujo en lo que O' Donnell denominara "Juego Imposible". Dicha situación afectó tanto a las FFAA como a los partidos políticos antiperonistas en su intención de llevar a cabo contiendas electorales con la exclusión del peronismo.

En la segunda parte realizaremos una breve caracterización del gobierno militar inaugurado en 1966, al cual consideramos el punto de inflexión para un cambio de actitud en el comportamiento de los actores políticos.

En la tercer, y última parte, nos abocaremos a intentar comprender las actitudes adoptadas por cada uno de los actores políticos analizados (UCR y FFAA). Resaltaremos, aquí, el contraste entre las conductas previas al golpe de 1966, y aquellas adquiridas durante el proceso de la Revolución Argentina que desembocaron en la inauguración del juego político que incorpora a todos los actores.

II- ORÍGENES Y CONSECUENCIAS DEL CLIVAJE

PERONISMO - ANTIPERONISMO.

Para comprender la conformación de la antinomia, y siguiendo a Natalio Botana, utilizaremos la definición de legitimidad esbozada por Max Weber. Según este último, la legitimidad de un régimen resulta de la creencia compartida entre los sectores políticos relevantes con respecto a un núcleo de valores ideales y materiales que perfilan una determinada concepción del gobierno y de la sociedad y de un acuerdo acerca de las reglas de sucesión.

La ruptura del acuerdo acerca de las reglas de juego se desencadenó con la crisis del '30, mientras que el quiebre del consenso en torno al núcleo de valores centrales de la sociedad fue resultado de la aparición del peronismo, al producir la división del país en dos bloques irreductibles. En efecto, comienza a edificarse, en torno al peronismo, un núcleo alternativo de valores centrado en la justicia social e independencia económica, y reivindicando una racionalidad substantiva poco proclive a conceder importancia a los medios institucionales. El peronismo apareció, entonces, como representante del "pueblo" mientras que quienes no compartían el nuevo núcleo de valores eran identificados dentro de una postura "antipueblo".

En este escenario, y producto de la coexistencia de dos núcleos de valores contrapuestos, el ascenso gradual de los niveles de tensión en la sociedad desembocó en el golpe militar de 1955, que determinó la caída del gobierno de Perón.

A partir de entonces, y ante la falta de respuesta efectiva de los actores políticos a dicho problema, la crisis de legitimidad se torna endémica y adquiere carácter global en la historia argentina post-peronista. En efecto, en este período (1955-1966) se llevan a cabo una serie de intentos fallidos orientados a dar solución a la cuestión peronista.

Con el objeto de reseñar dichos ensayos, tomaremos el análisis elaborado por Catalina Smulovitz. El primer intento tuvo lugar durante la llamada "Revolución Libertadora". La solución de la cuestión se traducía en la desaparición del peronismo, es decir, no sólo Perón y el partido peronista debían ser excluidos del juego político sino también el electorado peronista debía perder su identidad como tal. Para lograr dichos objetivos se inició un proceso de represión abierta acompañado

por la disolución del partido peronista, la prohibición de su reorganización futura, así como la prohibición de la propaganda y la difusión de ideas peronistas. Sin embargo, la estrategia de desperonizar la sociedad resultó un fracaso total, el cual se evidenció en las elecciones de julio de 1957. Dichas elecciones pusieron de manifiesto que, a pesar de represiones y proscripciones, los votos del electorado peronista seguían superando los de las otras fuerzas.

Otro de los intentos se llevó a cabo durante la presidencia del Dr. Arturo Frondizi (1958-1963). En 1958, Frondizi accedió al poder como consecuencia del pacto que éste llevó a cabo con Perón. A través de dicho pacto Frondizi obtuvo el apoyo de los votos peronistas a cambio del compromiso de levantar la proscripción del partido impuesta por la Revolución Libertadora. En consecuencia, luego de estrategias frustradas, en marzo de 1962 el gobierno apostó a vencer a un peronismo vuelto a la legalidad para constituirse así en la solución a la cuestión peronista. Si Frondizi lograba vencer en una competencia relativamente justa podría aparecer como el único partido capaz de derrotar en elecciones democráticas al peronismo y descalificar, así, las acusaciones a su origen ilegítimo. Sin embargo, los resultados que arrojó la elección de marzo del '62, mostraron que Frondizi había fracasado en el intento de solucionar la cuestión peronista y, consecuentemente, se vio obligado a renunciar.

La siguiente fórmula de salida, llamada "Plan Martínez" tuvo lugar durante el gobierno del Dr. Guido (1962-1963). Dicho ensayo intentaba conformar de un frente electoral que debía ser apoyado por el peronismo, la UCRI y la Democracia Cristiana. En este marco, la integración del peronismo se haría gradualmente a través de sucesivas elecciones. Las premisas principales del Plan Martínez pueden resumirse de la siguiente manera: en primer lugar, la fórmula para ocupar la presidencia debía ser común a todos los partidos. En segundo lugar, el peronismo no podía tener sino hasta un tercio de senadores. En tercer lugar, habría libertad de elección de diputados según la representatividad de cada partido. Por último, debía indicarse en qué provincias podían ganar los peronistas. Pero el plan estalló justamente en el momento en el cual debía decidirse la elección del candidato presidencial. A este factor se le sumó otro, y fue la negativa de la UCRP de participar en el frente.

La última estrategia, que será analizada en la tercer sección del trabajo, fue la que llevó a cabo el Presidente Arturo Illia.

III- LA REVOLUCIÓN ARGENTINA: EL FRACASO DE ONGANÍA Y SUS CONSECUENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES.

El escenario conformado por los intentos frustrados de llevar a cabo contiendas electorales con la exclusión del peronismo (producto de lo que se caracterizó como un "juego imposible"), condujo a que la realidad política argentina del período 1955-1966 estuviera signada por la inestabilidad política.

En este contexto, el régimen militar inaugurado en 1966 puede entenderse como resultado de una de las características fundamentales de dicho período, esto es, un elevado nivel de conflictividad social y política producto del fracaso de los actores políticos en dar solución al "problema peronista".

El régimen autoritario que el 28 de junio de 1966 derrocó al gobierno constitucional liderado por el radical Arturo Illia, intentó superar la crisis económica y política. En lo que respecta al plano económico la formulación de políticas apuntó a transferir recursos de los sectores agrarios, la burguesía local y los trabajadores a la gran burguesía industrial. En cuanto al modelo político éste se centró en la sistemática exclusión de los sectores populares y en una gestión gubernamental distanciada de los "políticos" dado que, fueran o no peronistas, eran identificados como corresponsables en la generación de la crisis política a superar.

En este marco, se intentaba combinar la transferencia de recursos con una esperada estabilidad política y un estilo de gestión tecnocrático y eficiente, con el fin de lograr la confianza y el apoyo inversor del capital multinacional y los grupos industriales locales más concentrados, piezas centrales en el modelo de acumulación que se pretendía alcanzar.

Sin embargo, a pesar de algunos éxitos en las políticas implementadas, dicho modelo desencadenó un progresivo deterioro de la pequeña y mediana empresa y contribuyó a acentuar los desequilibrios regionales. Asimismo, y como consecuencia de los intentos de racionalización del aparato estatal, los sectores asalariados

dependientes del Estado se vieron sumamente afectados, lo que derivó en la gestación de un descontento generalizado en razón a los altos costos sociales que el modelo generaba y que el Estado no podía sobrellevar. Esta situación se vio, a su vez, agravada por la aparición de fuertes reclamos encabezados por los sectores populares y las clases medias en virtud de la expropiación política a la cual estaban sujetos por el autoritarismo estatal. Estos factores desembocaron en una profunda crisis social y política que originó una acumulación de fuerzas opositoras (entre estas, el surgimiento de organizaciones guerrilleras), precipitando la fractura del monolitismo militar y reviviendo viejas tensiones al interior de las FFAA en torno a las estrategias a implementar frente a la amenaza social. Paralelamente, los partidos políticos comenzaron lentamente a despertar del letargo al cual habían sido sometidos por el régimen autoritario, mostrando coincidencias en torno a sus discrepancias con los planes de estabilización y políticas de exclusión adoptadas por el gobierno de Onganía. Es aquí donde parecen encontrar explicación los primeros contactos y acercamientos entre la Unión Cívica Radical y Perón, lo que nos permitirá luego justificar la importancia de la Revolución Argentina en cuanto a su influencia en la moderación de las actitudes de los actores políticos.

En este contexto, y como consecuencia del clima de tensión social generado por los acontecimientos antes señalados, en junio de 1970, la Junta Militar decidió destituir al general Juan Carlos Onganía, hecho que significó el tácito reconocimiento de que el proyecto iniciado en 1966 por la llamada Revolución Argentina estaba muerto.

Varios factores confluyeron y determinaron la caída del líder de la autodenominada "Revolución Argentina". En primer lugar, mientras el gobierno de Onganía pretendía una transformación económico-social profunda, en los cuadros militares no existía consenso acerca de estos cambios ni de qué forma debían llevarse a cabo.

En segundo lugar, luego de tres años de gobierno, Onganía debió enfrentar una opinión pública desilusionada y una férrea oposición. Hacia 1968 el sindicalismo peronista combativo (enfrentado internamente a los poderosos gremios vandonistas vinculados al gobierno militar) fue ganando posiciones en la conducción del movimiento obrero y reaccionó emprendiendo una serie de acciones, que fueron en

aumento con la profundización de la "racionalización económica" seguida por el gobierno. El incremento del descontento popular se manifestó enérgicamente el 29 de mayo de 1969, en lo que se dio en llamar el "Cordobazo": un levantamiento popular encabezado por estudiantes y obreros quienes, junto a sus respectivas organizaciones políticas y sociales, realizaron violentas manifestaciones y tomaron la ciudad de Córdoba durante dos días. Este hecho fue controlado mediante una dura represión llevada a cabo por el Ejército, y desde entonces, otros acontecimientos similares se fueron produciendo a lo largo del país. A partir del "Cordobazo", los días de Onganía estuvieron contados.

Hubo, sin embargo, un factor adicional y de gran relevancia: el secuestro y asesinato del ex presidente Aramburu en manos de un comando de la organización guerrillera Montoneros, hacia comienzos de 1970. Ante este cuadro de violencia y desorden, y evidenciando que el gobierno se hallaba lejos de controlar la cada vez más activa protesta social y sindical, los comandantes militares interpretaron que de continuar así la situación, se generaría un cuadro incontrolable para las Fuerzas Armadas. En este contexto, el 8 de junio de 1970 la Junta destituyó a Onganía.

El impacto de este hecho fue considerable: Onganía había tratado de demostrar que sólo las Fuerzas Armadas podían proveer un liderazgo capaz de transformar al país. La caída de la dictadura de Onganía demostró que esta justificación para tomar el poder, por la vía del golpe, no tenía fundamento. "La legitimidad de la Revolución Argentina estaba en el orden, orden que expresaba, en la teoría oficial, un consenso pasivo y, aún para algunos entusiastas, un plebiscito cotidiano. El 29 de mayo (de 1969) quedó claro que el tantas veces invocado consenso pasivo, si alguna vez existió, había desaparecido". Ante esta situación, la única salida "honorable" para los militares parecía ser la de retornar al sistema electoral y restablecer un gobierno legítimo. La caída del onganiano pareció ser, entonces, el elemento fundamental que movió a los militares a convocar a elecciones.

En efecto, en 1970, los militares tenían pocas opciones, ya que las fallas en el gobierno de Onganía, y las que luego cometería su sucesor, Levingston, habían levantado una fuerte oposición popular contra las

Fuerzas Armadas.

Unos días después de la destitución de Onganía, la nueva Junta emitió un documento indicando que uno de sus objetivos sería el de asegurar el pluralismo político y un Poder Legislativo representativo, con participación de los distintos partidos políticos. Al mismo tiempo, estableció un equipo de tres jefes militares para planear el camino de retorno a la actividad política. Pero la Junta designó para el cargo de presidente a un general desconocido, Roberto Levingston, con nula influencia sobre los cuadros militares; y rápidamente quedó demostrado que la intención de la Junta de llamar a elecciones no era la suya. Para sorpresa de muchos, Levingston anunció que no levantaría la prohibición de la actividad política, y que deberían pasar cuatro o cinco años para llegar a la instancia electoral.

La oposición contra el nuevo presidente de facto y contra el régimen militar en general, no se hizo esperar y se expresó con toda evidencia en marzo de 1971 cuando, como consecuencia del creciente descontento popular, se desencadenaron fuertes conflictos, que tuvieron su epicentro en Córdoba ("Viborazo"), pero que también se propagaron al resto del país.

Ante esto, y en lugar de ceder ante la presión, el presidente reiteró que las elecciones no se llevarían a cabo sino hasta dentro de cuatro años. Evidentemente, no había entendido lo que de él se esperaba. El 22 de marzo de 1971, Levingston fue removido de su cargo por los comandantes militares. Tres días después, el general Alejandro Lanusse, Comandante en Jefe del Ejército y titular de la Junta, asumió como presidente.

En este contexto, comienza a vislumbrarse la posibilidad de retornar a un régimen democrático y, por ello, se plantea una vez más en la historia política argentina el dilema de la cuestión peronista: ¿los partidos políticos antiperonistas renovarían la proscripción del peronismo o lo integrarían al juego político?. Sin embargo, esta vez, y a diferencia del período anterior 1955 - 1966, la propia experiencia histórica, después de varios intentos frustrados, parecía haber resuelto el dilema: la Argentina no estaba capacitada para la construcción de un régimen político estable, como así también para garantizar una convivencia política, sin la participación del peronismo. El reconocimiento de esta

situación supuso un cambio en la visión de los actores con respecto al papel que debía ejercer el peronismo y, a su vez, condicionó las estrategias en torno a la incorporación del movimiento en la escena política.

IV- ¿ CUÁLES FUERON LAS ESTRATEGIAS SEGUIDAS POR LOS ACTORES POLÍTICOS RELEVANTES?

‡ *Fuerzas Armadas*

Como vimos, el fracaso de los objetivos de la dictadura de Onganía mostró a los militares que ya no había justificación para permanecer en el poder y fue lo que los decidió a convocar a elecciones para volver a establecer un gobierno legítimo. Por otro lado, la propia experiencia histórica convenció a los principales actores políticos de que no habría posibilidad de construir un régimen democrático estable sin la inclusión al juego político del peronismo. Éste fue, entonces, el primer giro en la actitud de las Fuerzas Armadas, fuerzas que cinco años antes, en 1966, habían derrocado a un presidente constitucional dado el fracaso al que parecía estar destinada toda estrategia de exclusión política del peronismo.

Pero el hecho que se permitiese a los peronistas competir en las elecciones no significaba que Lanusse o cualquier otro militar quisiera el resurgimiento del peronismo, o mejor dicho del liderazgo de Perón, y su llegada al poder. Los militares, y sobre todo Lanusse, no parecían demasiado convencidos de reincorporar al mismo Perón a los espacios de poder. Asimismo, a un sector del peronismo parecía no disgustarle la idea que Perón no pudiera liderar ya el partido, pero el líder contaba con el apoyo de la gran mayoría de la cúpula partidaria y de la totalidad de las bases. En este sentido, correría mucha agua bajo el puente hasta que los uniformados decidieran (compelidos por las circunstancias) incluir a Perón en el juego político. Este segundo cambio de actitud, que se desencadenaría hacia 1972, no pareció estar relacionado a ningún tipo de convencimiento o toma de conciencia, sino sobre todo al suceder de

los acontecimientos y a la fuerza e influencia de Perón dentro del partido mayoritario de la Argentina.

La asunción de Lanusse implicó, entonces, el inicio de un período de dos años caracterizado por un reto de poder entre los dos personajes que estaban en el centro de la escena política: él y Perón.

Dada la férrea oposición civil al régimen militar, y frente a la desconfianza que generaban las “buenas intenciones” del nuevo presidente, a las Fuerzas Armadas parecían quedarle sólo dos caminos: tratar de ganar la confianza del pueblo, o continuar gobernando en aislamiento. En realidad, las condiciones sociales y políticas imperantes en el país no daban lugar a ningún intento de perpetuación de la experiencia iniciada por el primer presidente de la Revolución Argentina sin correr el riesgo de una debacle generalizada. Ante esto, y optando por la primera alternativa, Lanusse legalizó la actividad de los partidos políticos y prometió la realización de elecciones generales “sin proscripciones” para un futuro próximo, estableciendo además la idea del “juego limpio”, esto es, un proceso político que conduciría a elecciones transparentes.

Como prueba de esto, nombró a la figura de la Unión Cívica Radical, A. Mor Roig (quien gozaba de una excelente reputación como hombre íntegro y moderado, y como político), como Ministro del Interior, encomendándole la tarea de controlar el proceso político. El nombramiento de Mor Roig fue una jugada astuta por parte de Lanusse y una gran ayuda para ganar la confianza popular: se derogó el decreto-ley que prohibía la actividad política y Mor Roig invitó a los líderes de los partidos políticos, incluidos los peronistas, a entablar el diálogo con el gobierno. Esto era de vital importancia pues la solución electoral que proponía Lanusse necesitaba indefectiblemente de la participación de los principales partidos: si alguno de ellos, especialmente el peronista, se abstenía de participar, las elecciones de 1973 no conducirían sino a una repetición de experiencias como las de 1958 y 1963. Las elecciones debían ser libres e incondicionadas pues, invocar a la Constitución si la mitad del electorado quedaba coartado en su derecho a votar hubiera sido poco confiable, y esto no sería más que un retorno a la historia pasada. Mientras la UCR aceptó rápidamente la invitación del Ministro, la situación con los peronistas fue más complicada. Aunque muchos

reconocidos políticos peronistas, incluido el delegado personal de Perón, Paladino, se mostraban inclinados por aceptar la convocatoria; Perón, en el exilio, mantenía serias dudas acerca de las reales intenciones de Lanusse.

Para persuadir a Perón, el mismo Lanusse envió un mensaje a través del sindicalista José Rucci: el líder justicialista podría obtener su pasaporte y se le permitiría regresar a la Argentina para participar en elecciones libres y sin condicionamientos.

Como un segundo paso, Lanusse envió a uno de sus hombres para mantener una entrevista secreta con Perón. En esa reunión, Perón dejó en claro que sólo los hechos, y no las promesas, lograrían ganar la confianza popular. A pesar de esto, acordó concederle al Presidente el beneficio de la duda, y encomendó a Paladino como su representante para negociar. La primera reunión con Mor Roig se realizó en Buenos Aires pocos días después. Los peronistas ya participaban en el proceso.

Sin embargo, el hecho que se permitiese a los peronistas competir en las elecciones no significaba que Lanusse o cualquier otro militar quisiera el resurgimiento del liderazgo de Perón y, menos aún, su llegada al poder. Por el contrario, Lanusse estaba convencido de que Perón no debía ganar una elección abierta. En realidad, con todo esto, Lanusse buscaba generar las mejores condiciones políticas posibles para el retorno de los militares a los cuarteles y para encarar una transición hacia un régimen democrático, pero intentando perpetuar a las Fuerzas Armadas como instancia tutelar del nuevo gobierno. El objetivo de fondo era la subordinación del peronismo a las reglas de juego impuestas por el gobierno militar, apuntando a su desgaste y a su posterior derrota electoral en manos de fuerzas políticas no-peronistas.

Perón seguía representando un problema para el líder militar. Lanusse, necesitaba de la participación de los peronistas en las elecciones próximas y para ello requería la aprobación de Perón. Sin embargo, al mismo tiempo, tampoco podía permitir que el mismo Perón se presentara como candidato: gran parte de las Fuerzas Armadas no lo tolerarían. Y si Lanusse proscribía abiertamente al líder justicialista, las elecciones serían consideradas fraudulentas y los seguidores de Perón podrían boicotearlas.

Por esta razón, mientras Lanusse manifestaba públicamente que nadie sería proscrito, en forma privada buscaba la manera de excluir a Perón o lograr convencerlo de que aprobara a un candidato aceptable para las Fuerzas Armadas. Ciertamente, Lanusse intentaba que el proceso de reincorporación del peronismo fuese controlado y en esto, contaba con el apoyo de sus camaradas: la mayoría de ellos estaba dispuesto a apoyar, o al menos aceptar, el programa político que había puesto en marcha.

Mientras tanto, el 6 de julio de 1971 un nuevo proyecto de ley para los partidos políticos fue aprobado, el cual "allanaba el camino" para que los mismos comenzaran a reorganizarse. Esto convenció a muchos políticos sobre la sinceridad de Lanusse de convocar a elecciones.

Ahora bien: el énfasis de Lanusse, hasta ese momento, había estado puesto en ganar la confianza del pueblo, de los políticos y de los militares, para otorgarle sustento a su propuesta de "solución electoral" y dejar en claro el rol de las Fuerzas Armadas como garantes de un proceso electoral limpio. Este primer objetivo parecía estar cumplido. Sin embargo, en mayo de 1972, Lanusse comenzaba a poner el acento en un segundo objetivo, más complejo y difícil de lograr, anunciando la construcción del Gran Acuerdo Nacional (GAN). Como el mismo Lanusse se encargó de aclarar, este Acuerdo no sería sólo político sino que también podría abarcar aspectos económicos y sociales, siempre con la garantía de las Fuerzas Armadas, la que se prolongaría aún después de las elecciones.

La nueva misión que Lanusse estaba planeando para los militares, los tenía como garantes del proceso que ellos mismos habían abierto. Pero antes los partidos deberían ponerse de acuerdo acerca de las pautas políticas, económicas y sociales que seguiría el nuevo gobierno. Los militares no gobernarían, aunque no habría un regreso total a los cuarteles: seguirían teniendo protagonismo y desarrollarían un rol político.

El GAN fue, pues, un intento por enmarcar un acuerdo entre los partidos políticos y los sindicatos alrededor de dos condiciones: la autoproscrición de Perón y la condena a toda forma de acción guerrillera. La única condición de éxito de esta fórmula era la actitud de

Perón. Pero éste, como veremos, rechazó todo tipo de negociación con los militares, lo que significó un rotundo fracaso para la estrategia de Lanusse; hecho que lo condujo a enfrentarse con el líder exiliado.

Con el cambio de Lanusse del "juego limpio" al Gran Acuerdo Nacional, con un rol relevante y continuo para los militares y, sobre todo, con ciertas insinuaciones de Lanusse de ser él mismo el candidato del GAN, las sospechas de Perón se profundizaron. Como él mismo dijo en una grabación a sus seguidores -en la cual advertía sobre las posibles intenciones del gobierno- las elecciones de Lanusse "podrían ser simplemente un plan para continuar con el gobierno militar bajo otro nombre".

El 8 de octubre se visualizó un cambio en la situación, que marcó el fin de cualquier esperanza de éxito en el diálogo Lanusse-Perón. Ese día, se produjo una revuelta militar, que fue aplastada rápidamente por las fuerzas leales al gobierno. De este episodio, Lanusse salió tremendamente fortalecido y, llevado por la euforia del momento, tomó una decisión que pondría fin, definitivamente, a todo intento de diálogo y acuerdo.

Por un lado, decidió lanzar su candidatura, aunque no en forma explícita. Varios de sus asesores comenzaron a hacer insinuaciones públicas acerca de esta posibilidad. Por el otro, decidió renovar su gabinete ministerial, haciendo las designaciones en forma personal y sin consultar a los principales partidos, como lo venía haciendo hasta ese momento. Estos dos hechos convirtieron las sospechas de Perón en seguridades. A partir de este momento, si el objetivo de Lanusse se centraba en su candidatura, el de Perón lo hacía en torno a la vuelta al poder.

Lo que había comenzado en marzo como un proceso de reconciliación nacional, ahora se presentaba como una disputa de poder entre Perón y Lanusse, las dos figuras centrales del escenario político.

Perón desdeñó al Gran Acuerdo de Lanusse y dijo que los peronistas nunca negociarían con la dictadura. Por su parte, Lanusse afirmaba que el que no participaba en el GAN, no lo haría en las elecciones.

Lanusse pensaba persuadir a Perón para que integrase los acuerdos. Más aún, debe haber razonado que, dado que los políticos peronistas querían participar en los comicios, los seguidores de Perón lograrían convencer a su líder o, en el mejor de los casos, romperían la disciplina y participarían. Lanusse parecía creer que tenía controlado a Perón.

Sin embargo, era Perón quien tenía acorralado a Lanusse, y no a la inversa. En efecto, la promesa militar de que “nadie sería proscripto” otorgaba a Perón un amplio margen de maniobra. Perón estaba ahora convencido de que Lanusse no permitiría que él fuese candidato en las elecciones: los camaradas de Lanusse estaban presionándolo para que se dejase bien en claro esta condición. A Perón sólo le quedaba esperar, confiado de que, en algún momento, deberían proscribirlo. Lanusse había calculado mal.

Con Perón aún sin proscribir y, más aún, con el recientemente formado (a sugerencia del líder justicialista) Frente Cívico de Liberación nacional (FRECILINA), los camaradas de Lanusse comenzaron a sentirse descontentos con el manejo del proceso, a tal punto que durante la primera semana de julio de 1972 hubo persistentes rumores acerca de un golpe.

A Lanusse no le quedaba otra salida que actuar rápido y encontrar una manera de romper la impasse con Perón. La fórmula fue la siguiente: después de reiterar que ningún candidato o partido sería proscripto, anunció que no podrían participar como candidatos presidenciales en las elecciones generales a realizarse en marzo de 1973, aquéllos que hasta el 24 de agosto de 1972 ocuparan cargos en el Poder Ejecutivo Nacional o Provincial, y a los que no residieran en el país para esa fecha. Con esto, Lanusse se autoproscribía como candidato a presidente e impedía también que lo hiciera Perón. Más tarde, como parte de la misma estrategia, anunció una nueva ley electoral en la que se establecía el sistema de ballottage para la elección de Presidente y Vice, con lo que Lanusse pretendió que, ante una segunda vuelta, las fuerzas políticas no-peronistas se aliarían y podrían vencer al peronismo.

Ante la iniciativa gubernamental, Perón rápidamente contestó que no retornaría al país para el 25 de agosto. Sin embargo, dejó abierto el tema de su candidatura. “No puedo hacer semejante renuncia. Si he

de ser candidato o no, es algo que el pueblo decidirá". La impasse aún no se había quebrado.

Por su parte, en un intento de distanciar a Lanusse del resto de los militares, el 25 de julio Cámpora señaló que las Fuerzas Armadas querían ver un proceso honesto pero que, desafortunadamente, Lanusse no representaba a las Fuerzas Armadas.

Resentido por este intento, Lanusse trató nuevamente de quebrar el poder y la influencia que Perón ejercía sobre sus seguidores y, en un discurso público, señaló que Perón podría participar en las elecciones, siempre que regresase antes de la fecha establecida, y declarando "A Perón simplemente no le da el cuero", volvió a reiterar que los otros peronistas podrían presentarse como candidatos.

Sin embargo, esto no resultó. Perón aclaró que los peronistas no podrían responder al llamado del gobierno para el diálogo y tampoco podrían hacerlo sus camaradas del FRECILINA. El líder continuaba insistiendo que él podría regresar al país cuando quisiese y aceptar la candidatura si el pueblo así lo deseaba. Con este rechazo peronista a participar en la mesa de negociaciones, el GAN de Lanusse estaba, ahora sí, definitivamente muerto.

La relación Lanusse-Perón continuaba en una impasse y ninguno de los dos podría sacar provecho de una situación así. Con esto en mente, ambos comenzaron a comunicarse en forma secreta a través un emisario, José Gelbard. Estas negociaciones secretas no fueron fructíferas, pero sirvieron a Perón para acercarse a su objetivo, el de crear una atmósfera apropiada para su retorno. Más aún, en octubre Cámpora presentó al gobierno, por orden de Perón, un programa de "Diez Puntos para la Unidad Nacional", el cual fue aceptado rápida y favorablemente por el gobierno. De todo esto emergió una "visión dorada" del regreso de Perón: él podría regresar y reunirse con Lanusse, Balbín y otros políticos, y lograr una reconciliación nacional.

Pero cuando Perón efectivamente regresó, el 17 de noviembre de 1972, sólo lo estaba esperando, por el lado militar, el Brigadier Martínez en representación de la Junta pero no hubo ninguna invitación para reunirse con Lanusse. Los militares parecían no saber qué hacer con

Perón en el país.

Durante el mes en que Perón permaneció en la Argentina, no hubo ningún encuentro con Lanusse o algún otro líder militar. Pero de su estadía en Argentina, salió el candidato para el recientemente formado Frente Justicialista de Liberación (FREJULI): en la mañana de su partida, Perón llamó a Cámpora y le anunció que él era el elegido.

Ahora bien: cabe preguntarse por qué Lanusse y los militares no proscibieron la candidatura de Cámpora, una vez que ésta fue ratificada por el congreso partidario. Siguiendo a Smith, podemos decir que una primera razón pudo ser que la presión por las elecciones era muy fuerte y que, dada la promesa de no proscibir a ningún candidato, el honor de las Fuerzas Armadas estaba en juego. La oposición a los militares sería más férrea si la promesa era incumplida. Pero aún creyendo que no se podría proscibir a Perón sin provocar un conflicto entre civiles y militares, o una fractura entre estos últimos, hubo una segunda razón, quizá más fuerte. Teniendo en cuenta el disenso que la candidatura de Cámpora había provocado entre los propios líderes peronistas, Lanusse debió interpretar que esto llevaría a los peronistas a la fractura y quitaría a Perón parte de la gran influencia que mantenía sobre sus seguidores.

Ante el fracaso de esta expectativa, los militares comenzaron a poner trabas a la campaña del FREJULI. Sin embargo, todo esto, en lugar de frenar la campaña del FREJULI la potenció, pues ubicaba a los peronistas como enemigos de la dictadura, tal como ellos trataban de mostrar.

Pero Lanusse no estaba dispuesto a perder. Luego de un acto en San Andrés de Giles, en el que los peronistas establecieron su slogan de "machetes y guerra civil", Lanusse convocó urgente a una reunión de generales. Diferentes rumores indicaron que Lanusse quería cancelar las elecciones, pero el jefe del Estado Mayor del Ejército, López Aunfrac, con el apoyo de la mayoría de los presentes, impidió que se tomara tal decisión. Como el mismo López Aunfrac declararía más tarde: "Las elecciones se llevarán a cabo y si el FREJULI gana, las Fuerzas Armadas garantizan su derecho a asumir su cargo"

Sin embargo, las presiones no cesaron. El 31 de enero, el general

Lanusse convenció a los generales de que deberían ser iniciadas acciones contra el FREJULI, por violación de los artículos 25 y 50 de la Ley de los Partidos Políticos, y del art. 22 de la Constitución Nacional, pidiendo la disolución del FREJULI y de los partidos que lo componían.

Esto provocó una gran oposición. El Ministro del Interior, Mor Roig, informó a Lanusse que si el propósito de la presentación de cargos contra el FREJULI era su disolución, él presentaría inmediatamente su renuncia. También el general López Aunfrac llamó a Lanusse para advertirle que si insistía con ese objetivo, no contara con su apoyo ni con el de muchos generales. Las Fuerzas Armadas habían prometido elecciones limpias y abiertas y no deshonrarían su palabra. Los generales compañeros de Lanusse habían aceptado inicialmente su plan para las elecciones, aunque con ciertas reservas acerca de la participación peronista y, si bien en un primer momento ellos hubieran estado complacidos con abortar este proceso, ahora sentían que se había llegado muy lejos para volver atrás. El punto de no retorno ya había sido traspasado, y no permitirían que Lanusse cancelase el proceso que él mismo había comenzado. Por último, el mismo líder de la UCR, Ricardo Balbín, dijo que convocaría a una reunión multipartidaria si el FREJULI era proscripto. Con la amenaza, entonces, de su Ministro del Interior de renunciar, la reacción de los otros partidos y sin el apoyo de los generales, Lanusse revirtió su postura inicial, sólo un día después de haberla hecho pública. Desde un principio, él sabía que estaba ante un dilema: proscribir a los peronistas y asumir las consecuencias de que el partido mayoritario no participase en las elecciones; o permitir su participación y confirmar la fuerza de Perón. A mediados de febrero de 1973, Lanusse evidenció que no tenía otra alternativa, y que debía aceptar la incorporación del peronismo al escenario político.

Hubo, sin embargo, un último intento de frenar al peronismo: el 9 de marzo, un día después de que los partidos cerraran sus campañas, Lanusse envió un mensaje al pueblo argentino. Luego de asegurar que las elecciones serían limpias y que las Fuerzas Armadas aceptarían el resultado, hizo un llamado a no votar por quien podía “sumergir a la nación en un mesianismo, una degradación de las instituciones, una limitación de las libertades, en la implantación del terrorismo y en la tiranía o subordinación a la voluntad de un hombre”. Este fue otro gran

error de Lanusse: en lugar de dañarlo, ayudó a potenciar el voto por Perón.

Finalmente, el 11 de marzo se realizaron las elecciones y el FREJULI aventajó en casi un 29% a la UCR como segundo partido, logrando, tras dieciocho años de proscripción, que el peronismo volviera al ejercicio del gobierno. Esa tarde, Lanusse tuvo que reconocer a Cámpora como inevitable ganador, y con esto, la ofensiva del presidente militar, montada sobre un conjunto de medidas destinadas a condicionar el proceso electoral, fracasó totalmente.

◆ *Unión Cívica Radical (UCR)*

Para la historia de la UCR, el período comprendido entre 1955 - 1958 es crucial dado que, precisamente en esta etapa, se produce la fractura del partido. Desde entonces quedaron formalmente constituidas la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) liderada por Arturo Frondizi y la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP) liderada por Ricardo Balbín.

Dicha fractura respondió no sólo a factores personales sino que, también, a diferentes criterios políticos y disímiles conceptualizaciones sobre la realidad social que orientaba y, por tanto, enfrentaba al balbinismo y al frondizismo. Estos elementos actuaron, a su vez, como condicionantes en las estrategias a seguir con respecto a la cuestión peronista. Mientras la táctica frondizista se orientaba hacia un entendimiento con el peronismo, Balbín insistía en que el partido debía apoyar los principios de la Revolución Libertadora en concordancia con su posición claramente antiperonista.

Partiendo del hecho de que Ricardo Balbín mantuvo el control del partido desde su escisión, nos centraremos esencialmente en el análisis de sus actitudes con el objeto de intentar vislumbrar, a partir de tales, la modificación de la postura de la UCR respecto del peronismo.

Ahora bien, para comprender el comportamiento del líder radical es preciso dar cuenta de las principales tendencias que animaban la vida interna del partido dado que, el cambio en la conducta de Balbín no puede entenderse exclusivamente en términos de un personal "rational

choice” sino, también, en virtud de las presiones que dichas tendencias ejercieron en el seno del partido al modificar su posición frente al peronismo luego de la caída de Frondizi.

Sin hacer un análisis pormenorizado dado que requeriría retrotraerse casi una década en el tiempo, podríamos decir que, excepto una de las tendencias (Línea Córdoba), tanto dentro de la Intransigencia de la provincia de Buenos Aires como dentro del Unionismo existía una línea que ya no mantenía una postura decididamente antiperonista y, por tanto, se contraponía en parte al conductor del partido. En tal sentido, la presencia dentro del Unionismo de la corriente liderada por Zabala Ortíz que propulsaba un proceso hacia la moderación del antiperonismo, es un claro ejemplo de ello. Sin embargo, el liderazgo de Balbín quedó intacto.

En 1963, el líder no quiso arriesgarse en unas elecciones, en principio poco propicias para la UCRP y ello posibilitó la proclamación de la fórmula Illia-Perette, que finalmente triunfó. En el cierre de la campaña Balbín expresó las siguientes palabras, las cuales muestran su posición antiperonista y antiacuerdista :

“La Unión Cívica Radical del Pueblo no tiene pactos con nadie y liberará al país de una forastería absurda con la fórmula Illia-Perette. Iremos a las urnas con nuestra divisa, la sacaremos triunfante y la donaremos a la República. Saludemos a estos dos hombres que en nombre de la UCRP ejercerán el gobierno de país. Saludémoslos porque ellos son el triunfo de la democracia.” (5 / 7/ 63)

A los pocos meses de asumir el poder, y fieles a su tradición antiperonista, los nuevos mandatarios pretendieron dar solución a la cuestión que mantenía en vilo a los actores políticos, neutralizando la capacidad de gravitación política de Perón. El éxito de dicha estrategia, cuyo fin último sería la conformación de un partido peronista desligado del control absoluto de su líder, dependería de que los políticos peronistas locales aceptaran acceder a cargos electivos secundarios a cambio de renunciar al liderazgo personal de Perón.

Sin embargo, la contienda electoral de 1966 llevada a cabo en Mendoza demostró que no sólo el peronismo no podía ser vencido en elecciones libres sino que el liderazgo de Perón seguía siendo central a la constitución de la identidad peronista. En efecto, la victoria peronista

significó una indicación del fracaso de la política de “gobernar a su modo” adoptada por el radicalismo. Por otra parte, la situación en que quedó el gobierno fue similar a la de Frondizi en 1962, en tanto preludio del fin de la experiencia de la UCRP.

En este contexto, el antibalbinismo se tornó más duro reaccionando contra el Comité Nacional controlado por Balbín. Tal ofensiva fue resultado de una reacción de los hombres más progresistas del partido, quienes culparon de los fracasos del radicalismo a la conducción conservadora del Comité Nacional.

El epicentro de este accionar reaccionario fue la línea Córdoba a la cual apoyaron muchos sabattinistas en el proceso de cambio que propugnaban destinado a aggiornar al partido. Desde entonces fácilmente podrían identificarse dos posiciones dentro del radicalismo: por un lado, el balbinismo que pretendía continuar enfrentando al peronismo con el objeto de derrotarlo en una confrontación abierta y final, y, por otro, una línea integracionista liderada por Ramón Acuña (senador sabattinista catamarqueño) quien sugería la constitución de un Frente Radical - Peronista sobre la base de una plataforma que modificase las estructuras de la sociedad argentina. La idea era continuar con la política de «gobernar a su modo» pero introducía la posibilidad de que el gobierno iniciaría una política de alianzas, abandonando su característico sectarismo.

Estas nuevas propuestas resultaron inaceptables para el balbinismo, lo que permite vislumbrar la línea de pensamiento de Balbín y, dado su control sobre el partido, la imagen virulenta de antiperonismo que le imprimía a la UCR.

De modo que, la UCR en su conjunto, en virtud del dominio que Ricardo Balbín ejercía, demostró una posición claramente antiperonista durante el período que se extiende desde la Revolución Libertadora hasta las postrimerías de la Revolución Argentina. A pesar de las tendencias que luchaban por propiciar un aggiornamiento del partido, la fuerza y el apoyo que el Dr. Balbín había logrado dentro de la UCR impidieron que el partido adoptara una posición más comprometida con el cambio social y la cuestión peronista. En este sentido, la corriente balbinista se consideraba depositaria de las viejas ideas y tradiciones

radicales y, por ello, se la caracterizaba como una de las más conservadoras en términos de intransigencia y antiacuerdismo.

En este marco, las tendencias que intentaban dar una nueva orientación a la UCR en virtud de la cuestión peronista, no tenían demasiadas posibilidades no sólo por la fortaleza alcanzada por Balbín dentro del partido sino porque, debido a que la actividad política del país estuvo vedada por largo tiempo, no se podía remover a Balbín mediante la renovación de las autoridades partidarias como un nuevo medio para lograr el cambio de orientación del partido que tanto anhelaban.

Sin embargo, la Revolución Argentina que derrocó a Illia implicó un cambio paulatino en la visión de Balbín al alentar un programa de reconciliación para la Argentina escindida en bloques irreductibles. En efecto, el reconocimiento de la UCR de que, a partir del golpe del '66, ellos eran al igual que el peronismo un sector excluido políticamente, condujo al establecimiento de nuevas pautas de conducta con respecto a la cuestión peronista, reforzando de esta forma las presiones ejercidas por las corrientes internas del partido en pos de la moderación de la postura antiperonista. La Revolución Argentina parece así como el punto de inflexión a partir del cual pueden comprenderse las nuevas actitudes generadas en la UCR, dado que actuó como un elemento conciliador entre los dos partidos históricamente enfrentados.

Luego de la destitución de Illia, el partido radical comienza a realizar los primeros intentos por reagruparse y definir su táctica ante las nuevas circunstancias. A pesar de la resistencia que Balbín simbolizaba, se produjo nuevamente un movimiento antibalbinista en la «generación intermedia» cuyos integrantes establecieron contactos con el peronismo, con el fin de propiciar una alianza contra la dictadura sobre la base de un plan civilista. Tal propuesta fue recibida favorablemente y, por tanto, apoyada por otras líneas del radicalismo, lo cual demuestra que las presiones sobre Balbín iban, no sólo en aumento sino que se tornaban paulatinamente más duras en la búsqueda de una modificación en la estrategia partidaria frente al fenómeno peronista.

En este contexto, Arturo Mor Roig integrante de la línea balbinista

pero partidario del dialoguismo, posibilitó el entendimiento entre las posiciones encontradas dada la influencia que ejercía sobre Balbín y los contactos que había establecido con el peronismo moderado. A partir de entonces, podría decirse que Balbín comienza, gradualmente, a modificar su actitud en la medida que, presionado por Mor Roig y Pugliese, se muestra proclive a aceptar lo propuesto por la "generación intermedia". Finalmente, hacia 1968, es redefinida la política integacionista de la UCR consistente no sólo en la consolidación de un frente antimilitar sino, basada además en un plan político en el cual se proponía a Onganía (1969) una tregua a cambio de la apertura democrática en base a una nueva ley electoral, la reestructuración del sindicalismo y la nacionalización económica.

Con la caída de Onganía, las esperanzas aperturistas de la dirigencia política (radical y peronista), van corporizándose hasta desembocar en la denominada Hora del Pueblo. En efecto, entre el 12 y el 13 de noviembre, los partidos políticos más significativos de la Argentina firmaron, junto a agrupaciones menores, un compromiso para reclamar la institucionalización del país. Dicho nucleamiento cobró inmediata relevancia y mostró, no sólo hasta qué punto los resultados de la Revolución Argentina habían sido insatisfactorios, sino que también, reflejó la superación de la antinomia peronismo-antiperonismo en tanto que los dos partidos mayoritarios coincidieron en señalarse como populares y nacionales.

Como vemos, a partir de la confluencia de los objetivos no deseados de la Revolución Argentina, del rol jugado por Mor Roig y de las presiones cada vez más fuertes de las facciones la interior del partido, se produce el cambio en la actitud de Balbín y, por ende, se abre la posibilidad de un acercamiento con Perón. Dicho cambio puede contemplarse en el siguiente fragmento del discurso concedido por Balbín en ocasión de la Reunión multipartidaria de noviembre de 1972:

«No quiero hablar del pasado, sino del presente y del porvenir. Con toda franqueza declaro que rechazo los acuerdos y los frentes. El requisito básico es la institucionalización y la vigencia plena de la democracia representativa. En este sentido rechazamos las proscripciones y cualquier clase de condicionamiento. Ningún partido debe renunciar a su personalidad, pero hemos dicho siempre que hay que cambiar de estilo político y que una

parcialidad no lo puede todo. Sin que nadie deponga nada de lo suyo hay que llegar a un compromiso común de coincidencias mínimas, nunca máximas. Sin perder nuestra individualidad, los partidos tendremos representantes en el Congreso, y de allí la síntesis de la coincidencia de puntos vitales. Pero hay que reconocer que somos distintos, porque de lo contrario no habría motivos para que existieran diversos partidos.

Estoy dispuesto a trabajar con todos para el bien del país, pero democracia representativa no quiere decir que tenga que haber un solo candidato. Lo importante es que podamos elegir en marzo, y que podamos elegir muchos otros gobernantes en el futuro. Cuando decimos que mantenemos nuestra individualidad, no nos presentaremos como los aislacionistas de la democracia. Al contrario somos partidarios de las coincidencias. Naturalmente estamos plenamente de acuerdo en rechazar todas las cláusulas prohibitivas, el levantamiento del estado de sitio y la abolición de las leyes represivas. Nunca aplicamos, estas medidas desde nuestro gobierno. Si nos unimos todos, la civilidad será fuerte y no será derrocada por los militares.» (20 / 9 / 72)

En marzo de 1971, con la asunción del general Lanusse, en reemplazo del general Levingston, y el nombramiento de Arturo Mor Roig como titular de la cartera de Interior se inicia, como señalamos anteriormente, un proceso de transición democrática que busca incorporar al peronismo al juego político. En este escenario, la figura del radical Mor Roig aparece como un elemento central para comprender el proceso que desemboca en la inauguración de un régimen democrático en 1973, dada sus influencias sobre Balbín, los contactos que poseía con la dirigencia peronista y su participación en el gobierno del general Lanusse.

En este rumbo, la realización del GAN (a pesar de ciertas resistencias que aparecían centradas en la imagen de Balbín) resultó ser un intento de concertación entre las principales fuerzas políticas, sectores sociales y FFAA para que *«con una acción común y concertada, dentro de un justo equilibrio de intereses y esfuerzos, se pueda estructurar una política equitativa, como garantía de un mejor nivel de vida para la comunidad».*

Ahora bien, la modificación de las actitudes de los actores del arco político opositor (principalmente de los partidos) no puede entenderse,

únicamente, como un acercamiento que fue producto de una decisión unilateral por parte de éstos, sino que se vio realimentada por los cambios que se fueron operando en el discurso del general Perón y que moldearon las actitudes de la cúpula radical. En efecto, el reconocimiento por parte de Perón de la necesidad de aunar fuerzas con el radicalismo contra el «enemigo común» representado por las Fuerzas Armadas desencadenaron un cambio en su actitud que comienza a perfilarse a partir del '66, y que contribuyó, en forma considerable, a morigerar la férrea posición antiperonista adoptada por la UCR en el período anterior.

Sin embargo, es a partir de la década del '70 cuando este viraje en la posición de Perón se hace manifiesta. Por primera vez, el líder renuncia explícitamente a la dicotomía que había marcado la escena política argentina durante veinte años -peronistas/ antiperonistas-, adoptando una actitud diferente a la de su época de presidente, una actitud conciliadora. En otras palabras, proponía la unión nacional más allá de las diferencias políticas:

«Hay una sola forma de poner a término a la etapa fatídica de las frustraciones argentinas que, sin solución de continuidad, se han venido sucediendo desde 1955. Esas frustraciones se han podido producir, precisamente, por una inexplicable antinomia en la civilidad. superada esa antinomia, todo ha quedado reducido al enfrentamiento del pueblo con la dictadura militar.» (15 / 1 / 73)

Como vemos, desaparecida la antinomia, emerge la figura de un enemigo al cual sólo podía destruirse mediante la acción conjunta de todos los actores políticos:

«Hoy las formas de lucha política son totalmente diferentes. Se hacen todas orientadas con un sólo objetivo: el bien del país en donde cada uno pone su idea, sea de extrema derecha o sea de extrema izquierda, no interesa de dónde, siempre que sea una idea que pueda ponerse al servicio del destino y de la grandeza del país.

Eso es lo que pretendemos, señores, si es que ganamos.

Señores: si fuera otra fuerza política la que obtuviera el triunfo en las elecciones y se hiciera cargo del gobierno, para nosotros, sería igual, dadas las circunstancias en las cuales nos encontramos. Procederemos sin

ninguna clase de sectarismos y sin exclusiones de ninguna naturaleza, posibilitando que cada argentino bien intencionado, venga el rótulo que venga, pueda intervenir en la acción del gobierno, ya sea en el ámbito legislativo como en el ejecutivo. (...)» (31 / 8 / 73)

En este sentido, únicamente con la desaparición del gobierno militar, los partidos políticos abandonarían su condición de excluidos retornando a la escena política y encaminándose hacia la normalización institucional y la construcción de un orden político estable y democrático:

«La normalización institucional a través de elecciones libres y puras, si las hay, o por otros medios, si estas elecciones no se realizan en la forma que han prometido las Fuerzas Armadas. Obteniendo este primer objetivo considero que, en vista de la difícil situación que se le ha creado al país, normalizada la situación institucional, quedará por realizar la reconstrucción del mismo, que al finalizar la gestión de los gobiernos que empezaron en 1955 quedará en la más difícil situación en todos los aspectos. Para encarar esa reconstrucción, será preciso que todos los argentinos, sin distinción de banderías ni partidos, se pongan a la tarea de realizarla. Es tan aciaga la situación que no nos podremos dar el lujo de hacer política, ni practicar oposiciones políticas inoperantes. (...)»

El cambio de actitud que venimos analizando se evidencia en 1972, año en el cual Perón realiza una oferta a la UCR para unirse en una fórmula común y presentarse en las elecciones venideras. A pesar de que dicho intento se frustró, el mismo constituye un elemento relevante, el cual refleja que el entendimiento entre los dos partidos históricamente antagónicos era posible dejando de lado, así, viejos recelos.

V- CONCLUSIONES

La búsqueda de una fórmula que permitiese reincorporar al peronismo al sistema institucional marcó el conflicto político de la Argentina post-1955. En efecto, el período 1955-1966 estuvo caracterizado por una serie de intentos tendientes a dar solución a la cuestión peronista.

El fracaso de cada una de las alternativas ensayadas obligó a los actores a redefinir sus posturas ante dicha cuestión. Cuando ninguno de los actores partidarios pudo imponer su fórmula, la búsqueda derivó en un abandono de las «soluciones» que podía ofrecer el sistema de partidos. En este sentido, la victoria electoral del justicialismo en 1966 evidenció, una vez más, el fracaso al que parecía estar destinada toda estrategia de exclusión política del peronismo que supusiera el desarrollo de elecciones donde no se proscibiera a este sector político mayoritario. Y esta evidencia contribuyó a que las perspectivas de las Fuerzas Armadas cambiaran en favor de la emergencia de un nuevo ordenamiento autoritario: la clase política en general era percibida, por los militares, como la responsable de la situación de desgobierno, característica del período anterior. En otras palabras: *«ante los fracasos anteriores de los variados intentos por desactivar políticamente al peronismo por la vía legal, en el seno del poder militar se impuso la visión de que la única manera viable de disciplinarlo, política y socialmente, era instaurando un régimen autoritario permanente, en el que las Fuerzas Armadas asumieran institucionalmente la conducción del Estado y, desde allí, desarrollara un conjunto de políticas tendientes a reestructurar las bases sociales y económicas en las que se sustentaba el modelo populista que convertía al peronismo en un actor activo del escenario nacional.»*

La caída de Onganía en 1970 marcó, como vimos, el punto de inflexión en el cambio de actitud de los principales actores políticos: partidos y Fuerzas Armadas.

En cuanto a los partidos, la Revolución Argentina y su imposición tendiente a disolver a todos los partidos políticos, había dado lugar a un hecho inédito: por primera vez desde 1955 el peronismo salió de su aislamiento al compartir con el resto su situación de exclusión del sistema político. Esta situación y el rechazo compartido al régimen autoritario pudo haber actuado como primer elemento conciliador entre las dos fuerzas mayoritarias.

En el caso de la Unión Cívica Radical, el escenario configurado a fines de la década del '60 implicó el reconocimiento, por un lado, de la necesidad de aunar fuerzas para superar su desplazamiento de los espacios de poder y decisión, ocupados por los militares; y por otro de que, ante las experiencias vividas, todo proyecto democrático requería, para ser viable, la incorporación del peronismo en el proceso de competencia política, de modo de otorgar legitimidad al régimen.

Decisiva fue, en este sentido, la moderación de la actitud de Balbín hacia el peronismo como consecuencia de la convergencia de los objetivos no deseados de la Revolución Argentina, del rol jugado por Mor Roig y de las presiones, cada vez más fuertes, ejercidas por las facciones al interior del partido.

En lo que se refiere a las Fuerzas Armadas, el fracaso del proyecto de Onganía llevó a los militares a asumir la imposibilidad de estabilizar un régimen no-democrático y la necesidad, por tanto, de retornar a un sistema democrático. En este marco se dieron los primeros pasos hacia la apertura política.

Esto no implicaba la aceptación plena del peronismo; Lanusse haría todo lo posible para que este partido, y más aún su líder, no llegaran al poder. Sin embargo, las tácticas del jefe militar en pro de dicho objetivo tuvieron un efecto contrario, al poner en su contra tanto a la sociedad y a la dirigencia política, como a una gran parte de la jerarquía mayor de las Fuerzas. De este manera, el apoyo popular al peronismo y las estrategias del mismo Perón, llevaron al regreso ("no intencionado" para Lanusse) de este partido y, posteriormente, de su líder, al poder.

En síntesis: las razones que explican el cambio de actitud de los actores políticos tradicionalmente opositores ante la cuestión peronista, deben buscarse en la crisis que experimentó el régimen autoritario, instaurado en 1966, con la caída de Onganía. A partir de este acontecimiento se hizo evidente el fracaso de todas las experiencias orientadas a excluir definitivamente al peronismo del sistema político llevadas a cabo por las diferentes coaliciones cívico-militares que dominaron el escenario político de 1955 en adelante. Ninguna de ellas había logrado estabilizar institucionalmente y legitimar socialmente un orden político basado en la exclusión de la fuerza político-social mayoritaria.

En este sentido, creemos posible afirmar que las traumáticas experiencias vividas durante el período que se inicia con el derrocamiento del general Perón y que se extiende hasta fines de la década del '60, condicionaron fuertemente el número de opciones que se presentaban a los actores políticos del arco opositor. En este escenario, los partidos políticos antiperonistas y las FFAA «aceptaron» que, si se pretendía dar

estabilidad al sistema político y encauzar el clima de tensión y caos social generado mediante la instauración de un régimen democrático viable, la incorporación del peronismo al juego político resultaba indispensable. Esta opción constituía un «*second best*». Siguiendo a Rustow podría sostenerse que este era un buen comienzo para la consolidación de la democracia desde el momento en que, por buenas o malas razones, los principales líderes políticos convergían en la necesidad de aceptar dichas reglas de juego. Sin embargo, la frágil herencia institucional dejada por Perón, ese heterogéneo movimiento sacudido por la extrema derecha y la izquierda, terminó generando otras alternativas fuera de la competencia democrática que terminó instalando el régimen más represivo conocido en esta historia.

VI- BIBLIOGRAFÍA:

1- Fuentes primarias: Diarios y Revistas.

Diario, La Opinión, 19 de marzo 1973.

POST Data

Diaria, La Prensa, 1 de junio de 1972.

Revista, Primera Plana, 30 de mayo de 1972.

2- Fuentes secundarias:

AGÜÑA, MARCELO: "*De Frondizi a Alfonsín: la tradición política del radicalismo*" Tomo 1/2, CEAL, Buenos Aires, 1984.

BOTANA, NATALIO: "*La tradición política en la Argentina moderna*", en *Ensayos sobre la crisis política argentina*, vol 1, Julio Pinto (comp), CEAL, Buenos Aires, 1988.

CAVAROZZI, MARCELO: "*Autoritarismo y Democracia (1955-1983)*", CEAL, Buenos Aires, 1992.

_____ : "*Peronism and Radicalism: Argentina's transition in perspective*", en *Elections and democratization in Latin America, 1980 - 1985*, Drake y Silva (comp), University of California. Estados Unidos, 1986.

DI TELLA, GUIDO: "*Perón - Perón*", Hispamérica, Buenos Aires. sa

GIACOBONE, CARLOS ALBERTO: "*Ricardo Balbín: Discursos parlamentarios y políticos*", Ediciones Adelante, 1982.

LANDI, OSCAR: "*Argentina 1973 - 1976: la génesis de una nueva crisis política*", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XLI, vol. XLI, Nro. 1. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, Enero - Marzo 1979.

LANUSSE, AGUSTÍN: "*Mi testimonio*", Lasere Editores, Buenos Aires, 1977.

O'DONNELL, GUILLERMO: "*Modernización y Autoritarismo*", Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.

_____ Y SCHMITTER, PHILLIP : "*Transición desde un gobierno autoritario*", Editorial Paidós, Buenos Aires, 1988.

PORTANTIERO, JUAN CARLOS: "*Economía y Política en la crisis argentina: 1958 - 1973*", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol 38:2, Abril - Junio 1977.

POTASH, ROBERT: "*El ejército y la política en la Argentina (1962 - 1973)*", Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

RUSTOW, D.: "*Transición a la democracia. Elementos de un modelo dinámico*", en *Para vivir la democracia*, Carlos Hunneuss (comp), Chile. sa

SIGAL, S. Y VERÓN, E.: "*Perón o muerte*", Hispamérica, Buenos Aires, 1988.

SMITH, WAYNE: "*El diálogo Perón - Lanusse*", en Racionalidad del peronismo, Grupo Editorial Planeta. sa

SMULOVITZ, CATALINA: "*En búsqueda de la fórmula perdida: Argentina 1955 - 1966*", en *Desarrollo Económico*, vol.31, Nro. 121, abril - junio 1991.

TERÁN, OSCAR: "*Nuestros años sesenta*", Puntosur, Buenos Aires, 1991.